



Cali movió el cuerpo

“(…)No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta (…):”

—*Elegía*, Miguel Hernández

¿A cuántos de nosotros la guerra nos *ha tocado*? ¿Cuántos de nosotros hemos escuchado “cosas” de la guerra? ¿Cuántos hemos recibido imágenes de guerras cercanas o lejanas? Hace ya bastante tiempo en Colombia habitan cuerpos de guerra, imágenes de cuerpos vestidos para la lucha, para el combate y, en consecuencia, para la muerte. Una gráfica de la guerra dejaba todo rastro en las calles, sitiadas, protegidas, impedidas y escritas ya de otro modo; con pasos y dolores que tenían eco especialmente en las noches. Aquella gráfica de la guerra se volvió una inevitable gramática de cuerpos poderosos con rostro oculto, con paso decidido y con grito que repetía y retumbaba la absurda exigencia de la dignidad, pues nos han enseñado que no se exige lo que nos corresponde por derecho. El cuerpo digno quiso escribir la historia, y aún se oye algo de su andar.

El cuerpo se presentó de otro modo. La imagen de la danza y del goce se hizo cuerpo conjunto, se hizo cuerpo aguerrido, fuerte, disidente, uno. Fue una danza agónica que transformó la cadencia en himno de guerra. Y le tomamos el pulso al cuerpo y el cuerpo sintió tanta hambre como horror, tanto hastío como potencia de ver que la vida no vale nada, porque, como se oyó decir, “lo vale todo”. Vimos los cuerpos móviles ante el pánico y el horror, vimos cuerpos que gritaban su nombre para no ser olvidados y vimos muchos nombres sin cuerpos.

A fuerza de humanidad, los cuerpos tuvieron que hacerse uno. El cuerpo-conjunto se volvió salvador, médico, guardia vigilante y guardián de sí mismo, porque era preciso mantenerse con vida. Cuerpos ofrecidos a la vida y cuerpos ofrecidos a la muerte, cuerpos que no iban extirpando el miedo porque el dolor de una vida de pobreza e infortunio se volvió vida diaria.

Algunos veíamos pasar cuerpos que olían a asado, a sopas de leña, a carbón de guerra y a varias noches de fuego no cruzado, sino en una sola dirección. Algunos vimos cuerpos que desaparecían; otros vieron cuerpos violentos no violados, cuerpos intrusos, no excluidos, y los demás se han dedicado a ignorar el cuerpo-otro, porque con el cuerpo propio basta. Otros simplemente han negado el cuerpo, como se ha negado la historia de los cuerpos silenciados, más pocas veces vencidos. Una ciudad-cuerpo, que siempre fue vista como cuerpo bello, alegre y con sabor a vida, dejó de ser escenario de manjar para volverse un campo de guerra fulgurante que invitó a poner otro nombre a las calles y a los cuerpos. Ya el cuerpo tiene otro rostro y otro nombre. Podemos decir efectivamente que Cali es Cali, porque “lo demás” se hizo cuerpo.”

—María Cristina Sánchez León **

* Artista. Maestro en Artes Visuales por Pontificia Universidad Javeriana de Cali y maestrando en Estética y Creación por la Universidad Tecnológica de Pereira. @juangonzalez.foto, @juangonzalez.92

**Filósofa por la Pontificia Universidad Javeriana, magíster en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura por la Universidad Nacional de Colombia y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Manizales-CINDE. Actualmente es profesora del Departamento de Humanidades y del programa de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali. Correo electrónico: mariac.sanchez@javerianacali.edu.co